

# MEMORIAS DE LOS SUCEOS DE LA GUERRA DE CHILE

Jerónimo de Quiroga



compilador: Sergio Fernández Larrain

## DE LA NATURALEZA DE LOS INDIOS DE CHILE

Los Indios naturales de estas provincias de Chile son de gallarda presencia, altos, derechos, membrudos, altivos, infatigables en el trabajo, arrogantes en la persona y en el modo de hablar, con acciones y voces imperiosas, diestros en el manejo de los caballos, sueltos para marchar a pie, grandes nadadores todos y todas, naturalmente moderados y templados en el comer cuando es a su costa; y cuando a la ajena, comen hasta reventar; fogosos y ardientes en la calidad, por lo cual andan siempre bañándose / en todas las horas del día y en especial al amanecer, todos, los grandes y pequeños; y las mujeres cuando paren, luego se entran en los arroyos, como los animales, sin persuadirse a que el destemple les puede causar alguna enfermedad.

Sujeción, ni religión, no la tuvieron jamás estos bárbaros, sino sólo muchas supersticiones y abusos, y ésta es la causa principal de que no entre en ellos la doctrina evangélica: creen sólo lo que ven, y le dan entre en ellos la doctrina evangélica: creen sólo lo que ven, y le dan la inteligencia, según cada cual tiene por mejor; y como nunca dieron adoración ni culto a ninguna deidad imaginada, así no saben lo que es deidad verdadera, ni verdadero culto: creen que todos mueren, porque alguien los mata, sea como fuere la muerte, y así en muriendo alguno dicen que otro le hizo mal con algún veneno oculto, aunque esté a cien leguas distante; / y si uno muere en la casa de otro se le imputa al dueño de la casa la muerte del difunto, aunque no haya comido ni bebido en ella y aunque no muera allí; basta que retirándose de aquella casa le dé algún accidente para que se tenga por evidente que allí le hicieron mal, y se pide satisfacción de la muerte, dándose como si realmente hubiera sucedido; y de estas barbaridades tienen tantas, que es necesario un tomo grande para referirlas.

Creen que hay diablo y le invocan, y como puede ser que algunas veces le hayan visto, se conforman con que lo hay porque le vieron sus padres, o porque ellos le vieron, y creen que éste puede darles alivio en sus males; y así le ponen en las manos y cabeza al doliente unos ramos de canelo, que es el árbol con que hacen sus pactos y todos sus contratos políticos o militares, / Algunos indios e indias que son médicos entre ellos, persuaden a los enfermos que los abran y que les saquen las tripas, el corazón o los sesos, y allí ven el daño que tenía y que luego se lo ponen en su lugar; y si muere, dicen que el enemigo

entró repentinamente y los mató, lo cual creen sin embargo de que no los han abierto ni sacado las tripas: tal es su barbaridad.

Al modo que las fieras viven en sus cuevas cada uno de por sí con sus hijos, viven estos indios derramados por montes y valles, retirados los unos de los otros, y este modo de vivir es proporcionado al modo de mantenerse, así como nosotros tenemos nuestras casas de campo y ciudades distantes las unas de las otras, para con mayor distancia poder enviar y criar ganados; y como nunca tuvieron pueblos, así nunca se han reducido a ellos hasta hoy, ni es fácil reducirlos y reformar esta costumbre antigua, pues ninguna razón de conveniencia podrá persuadirlos a mudar la forma del gobierno en que nacieron y se enseñaron.

En la antigüedad vivían derramados en grandes vegas y dilatados valles, y aun en los montes, según demuestran las faldas y las cumbres labradas para los sembrados; y estaban más juntos y unidos que en el tiempo presente, porque había cien mil familias en muchas partes donde hoy no se hallan cien familias; y así como en tierra desocupada, están muchas leguas apartadas unas parcialidades de otras, asimismo los indios de ellas, cada uno en su rincón o quebrada; y esto les sirve de estar más espaciosos, y asimismo de estar más defendidos de las invasiones de nuestras armas, pues no es fácil acometer a muchos juntos ni apresar a los que están separados, porque cada cual tiene en su rancho la huida puesta para el bosque de calidad, que al menor rumor se ocultan como los animales en sus cuevas.

Esta separación imposibilita la educación y predicación del evangelio, porque para instruir a un bárbaro es necesario a la puerta de su rancho un misionero, y que éste sea un apóstol, porque sólo lo ardiente del espíritu de un santo grande podrá persuadir a un indio que deje veinte mujeres que cada uno tiene, las cuales son madres de sus hijos; son los gañanes que cultivan el campo, las que tejen la ropa para vestirse y vestir al marido, las que hacen las bebidas con que continuamente se emborrachan, y las que paren hijas para venderlas por mujeres a otros indios, con cuya venta se pone en cada yerno un censo perpetuo que contribuye en todas las ocasiones a su usanza.

Continuamente nos predicán a nosotros que moderemos la codicia, la lujuria y la ira, y continuamente repetimos estos vicios, siendo católicos y alumbrados con la lumbre de la fe; pues ¿cómo será posible a un bárbaro persuadirle a que deje el gusto, el vicio y la conveniencia, sólo porque así se lo dice un misionero? Pero dejemos este punto, que en el discurso de la obra se ofrecerán muchas ocasiones de tocarle.

Los juegos y entretenimientos de estos bárbaros son todos de agilidad y tortaleza, corriendo tras de una bola que arrojan violentamente al golpe de un bastón retorcido, unos porfiando a sacarla por la parte diestra y otros por la siniestra, en un campo dilatado: llámase este juego

de chueca; y otros semejantes tienen, todos de agilidad / y que paran en beber y emborracharse.

Celebran en partes señaladas, alegres y frescas, a la sombra de altísimos árboles grandes borracheras todo el año, porque unas parcialidades convidan a otras y se ajuntan siete u ocho mil almas; y beben y bailan tres días con sus noches, aunque llueva y truene, y como bestias, tendidos en el lodo, sin sentido, o en la campaña en lo ardiente del sol, amontonados, hirviéndoles el vino y las bebidas agrias, suelen reventar muchos y mueren como bestias; cuyas borracheras repiten pagando el festejo de una parcialidad aquellos que fueron convidados, convidando a la otra, y otras veces son generales las borracheras, con mayor concurso; y siempre de día y de noche se está bebiendo en caña rancho y cuando un indio va a negociar algo con otro, es mediadero del negocio un grande cántaro / de chicha, y mano a mano fuera del rancho se están todo un día para pedirse un cuchillo prestado, o cosa semejante.

Los ranchos no tienen puertas ni llaves: son casas pajizas y viles, y las mudan de unas a otras partes cuando la tierra donde están se cansa de producir frutos, si bien algunos caciques tienen mayores ranchos y algunos árboles frutales, que les obliga a permanecer en un sitio. Cuidan poquísimo del aseo de sus viviendas, y es cada casa una zahúrda de puercos porque en ellos no hay cosa limpia: cada mujer tiene su división señalada, pero no dividida, porque no hay salas ni alcobas, sino sólo un ámbito lleno de cántaros y de botijas de chicha, y la separación de ellas es el asiento de cada mujer, y junto a ellas se hace una fogata; de suerte que tantas cuantas mujeres tiene el indio, / tantos fogones tiene, y tantas divisiones en que cada mujer recoge sus cosechas, con lo que el humo de estas fogatas y el aliento de estas familias, hacen dentro del rancho un temple desapasible.

Ningún bárbaro de éstos durmió jamás en alto, ni supo qué cosa era lienzo; el más poderoso cacique viene a ser como el más poderoso toro o lobo; todos y todas duermen en el suelo, y el más regalado tiende una piel de carnero o una pobre manta, y sobre esto duerme con las espaldas hacia el fuego y la mujer al otro lado; y estas mujeres se mudan todas las noches con tal orden, que el indio duerme con la primera, y aquel día le da ésta de comer y de beber a él y a sus convidados; luego, al otro día, pasa a la fogata de otra, y ésta le regala como la primera, y él paga el agasajo con dormir con ella aquella noche, y así va transportándose / de una parte a otra y dando vuelta, como el sol en las doce casas de los signos, y suelen cada diez meses parir treinta mujeres de este bárbaro. Considérese la facilidad con que hacen la gente para la guerra, por ser esta consideración provechosa a nuestro intento.

Algunos indios de estos chilenos con nombres de Pehuenches o de